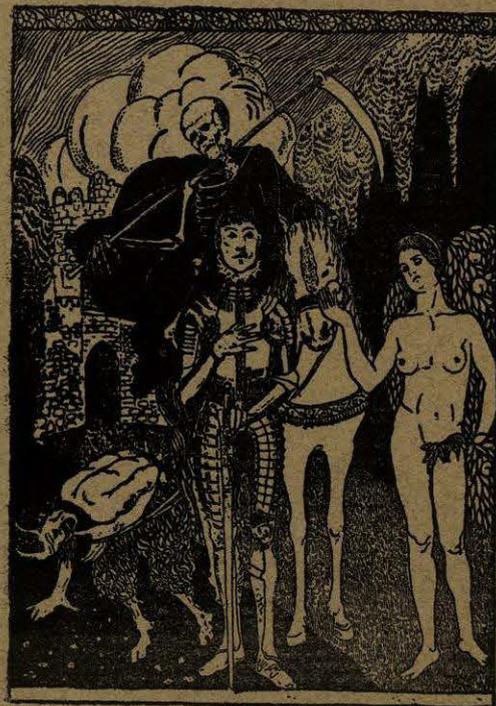


¡Goza el amor, que el amor
si se va, no vuelve más!



I

Bárbara Musa de coturno trágico,
engendro de Medea y de Saturno,
todo se seca y muere bajo el mágico
influjo destructor de tu coturno.

Mi sangre de pavor se paraliza
cuando en mis castas soledades, Musa,
en las cortinas del umbral se eriza
tu espantosa cabeza de Medusa.

A tu presencia tiembla el alma entera;
y atacado de súbita ceguera
por sendas laberínticas me pierdo.

Y en las sombras sin fin que me rodean
siento que se despiertan y hormigean
las víboras hambrientas del recuerdo!

II

¡Qué sueño horrible de pavor! Recorre
aún mi carne nervioso escalofrío...
Aún me eriza el terror... ¡Nada hay que borre
la roja angustia del ensueño mío!

Ensangrentada entre mis brazos... Siento
aún — y olvidarlo intento en vano —
en mi oído la muerte de tu acento
y el calor de tu sangre por mi mano...

He envejecido en estas horas tanto
que verme en el espejo me da espanto...
Maldiciendo el rigor de su destino

se muere el corazón desesperado...
¡Ven y calma el dolor de este asesino
que en un sueño de amor te ha asesinado!

III

Saltar tus ojos de terror querían...
Era un turbión de espanto tu cabello,
mientras mis dedos lividos se hundían
en la frágil blancura de tu cuello.

Bajo el espanto de tu faz crispada
mis manos te asfixiaban cual serpientes,
y sangraba tu lengua amoratada
entre el blancor pasmado de tus dientes

Te vi palidecer y desplomarte...
Desperté... Lancé un grito de agonía
y entre las sombras comencé á llamarte...

Y me quedé de pronto enloquecido
al verme en el espejo, porque había
en una sola noche encanecido!

V

Mi vida entera es como una llama.
Me siento arder. Todo lo ven mis ojos
como á través de una asfixiante flama
que todos los objetos torna rojos.

Vienes ardiendo toda. Tu vestido
es una llama que en el aire ondea,
y arremolineado y encendido
como una antorcha tu cabello humea.

Me fascina tu ardor de calentura...
Bésame entre tus brazos, con locura,
pues consumen tus labios cuando besas.

¡Haz que ardan mis despojos en tu fuego,
y en la Nada inmortal aventa luego
la efímera ilusión de mis pavesas!

V

Esta ola de fuego que me envuelve
me arrastra hacia un país desconocido,
y de nuevo á la playa me devuelve,
y me deja en la arena sin sentido.

Y temblando de angustia me despierto,
y me encuentro asfixiado de bochorno,
tendido en las arenas de un desierto
cálido y crepitante como un horno.

El fuego persistente de tus ojos
me envuelve todo en sus reflejos rojos,
y me arrastra á las aguas de algún río;

y en el silencio de su agua helada
mientras tiritita el alma agarrotada
se oyen mis dientes rechinar de frío.

VI

Llegó el negro fantasma arrebuñado,
con un gesto de horror y de pavora,
arrojó sobre mí su aliento helado
y me sentí morir de calentura.

Mi carne se rasgaba como para
morir, y mi osamenta se rompía,
como si á dentelladas desgarrara
mi cuerpo una famélica jauría.

Y surgen de mi horror, en dislocantes
danzas, extraños seres que me abruma,
porque de mi existencia son compendio,

como esas chispas de oro crepitantes
que saltan y se agitan y se esfuman
entre las rojas lenguas de un incendio.

VII

Toda la senda es como una hoguera,
y yo camino tembloroso y ciego,
tras de la antorcha de tu cabellera
que es como un lampo atravesando el fuego.

Mi planta abrasan los carbones rojos;
me envuelve en espiral la calentura;
siento la asfixia, y al abrir los ojos
todo mi cuerpo es una quemadura

Y del incendio al resplandor te veo
encendida de amor y de deseo,
sonreír sin quemarte entre las llamas...

Dulce te inclinas sobre el cuerpo mío,
y en mis heridas, al besar, derramas
una alegre frescura de rocío.

VIII

Muerte, en mis noches, ¿por qué no exhalas
el olvido letal de tu perfume?
Abiertas sobre mí sus negras alas
el vampiro del Tedio me consume.

Siento en la boca, helando mis deseos,
las sucias humedades de su hocico,
mientras el buitre de los Prometeos
devora mis entrañas con su pico.

Noche ¿por qué el terror de tus tinieblas
de extraños seres y de monstruos pueblas?
Ningunos brazos mi dolor amparan...

Se oyen crujir mis huesos de agonía,
como si mi cadáver devoraran
los dientes de famélica jauría.

IX

La obscura noche amortajó la Tierra,
y ahullando de furor desciende el viento
—monstruosa sombra de un chacal hambriento—
de las guájaras negras de la Sierra.

El alma, ciega de pavor, se encierra
como en la estéril celda de un convento,
en la desolación de un pensamiento,
corza que echó de su breñal la guerra.

— Señor — clamo con labio tembloroso,
clavadas las rodillas en el suelo,
— ¡Dame un poco de paz y de reposo!

He dejado mi vida abandonada
bajo la negra maldición del cielo
en la cruz del Dolor crucificada!

X

... Y me dijo el fantasma ¿por qué tarda
tu mano en arrancar esa cadena,
cuando lejos de aquí, una serena
felicidad sin límites te aguarda?

Naufragará tu cuerpo, mas gallarda
el alma libre pisará la arena...
¡Para olvidar la angustia de tu pena
deja al recuerdo que en las sombras arda!

Arroja luego su ceniza al viento,
y cuando todo se haya consumido
sobre la tierra y en tu pensamiento,

— Fénix por el amor purificado —
renacerá tu sueño del olvido,
inmemore de todo lo pasado!

LA CIUDAD MALDITA

